

Mosquera en los versos punitivos de Julio Arboleda

Escribe: JAIME DUARTE FRENCH

Consumada la obra de la independencia, y desintegrada la Gran Colombia, poco les quedaba ya por hacer a los civiles y militares que en los anteriores cinco años se habían disputado el predominio bajo los antagónicos nombres de Bolívar y Santander. Los adversarios del Libertador asumieron, después del drama de San Pedro Alejandrino, el carácter de personeros exclusivos y excluyentes de la voluntad nacional. Los amigos del Libertador aceptaron, a su vez, tras la orfandad política en que quedaron, esa situación de particular inferioridad. Hasta ese momento, es decir, hasta 1830, la lucha política, desarrollada en los entresuelos de la lucha emancipadora, sólo tuvo, en lo que a la Nueva Granada hace, los clásicos lineamientos de una polémica personal, originada en los diversos criterios con que las dos cabezas visibles del enfrentamiento examinaban los fenómenos nacionales o trazaban los rumbos que debía seguir el país en materias institucionales. Bolívar y Santander no protagonizaron, por eso, una baja querrela de torcidas ambiciones, ya que el interés manifiesto en ambos se orientaba de manera privativa hacia la implantación, o, si se quiere, la imposición de ideas y sistemas de Gobierno, y no de particulares e inconfesables ventajas. No siempre se conservó, entre ellos, sin embargo, la gallardía propia de sus fueros y ejecutorias, y en no pocos casos pisaron en esa confrontación de criterios el terreno de las agresiones personales. Pero esto ocurrió por desafueros del temperamento, que rápidamente se controlaban. Es un pesar que los amigos y “adoradores” de estos dos hombres —así los de ayer como los de hoy— no hayan descubierto, y desde luego extractado, el maravilloso contenido ideológico que presenta esa “ene-

mistad". Es allí donde se halla, como en su fuente natural y primitiva, todo ese desasosegado afán que fue para los responsables de la independencia la búsqueda y fijación del destino que más se avenía históricamente al espíritu de los colombianos.

Prenda de dignidad y patriotismo

Roto, por la muerte de Bolívar, ese curioso binomio de la complementación y la contradicción, el predominio político no se buscó entonces por las vías de la exégesis y la especulación académica, sino por medio de la lucha armada, entre caudillos localistas y con banderas de remuda. Desde 1840, año de la muerte de Santander, hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo, la historia de Colombia presenta un aire cuartelario, de caballeriza, de picadero, y sólo se salva de la total degradación por la providencial existencia de algunas inteligencias máximas, que a despecho del imperativo ambiente orientaron sus miras y las del país en un sentido de verdadera superación nacional. Pero estos hombres fueron excepcionales, así por el número como por la obra. En ambos aspectos estuvieron siempre en condición de clara inferioridad, más notoria y deprimente cuando, por fuerza del deber, se veían precisados a enfrentarse a los triunfadores de turno. La arrogancia de los sucesores de Bolívar y Santander no tuvo, para justificarse, sino la adhesión, ostentosamente declarada y cantada, a unos principios legalistas y republicanos, que lo mismo servían para tiranizar desde el poder que para armar el brazo contra el gobierno. La mala conducta política de los colombianos de esos días, que son, en esta materia, dignísimos precursores de los colombianos de hoy, empieza, prácticamente, con las primeras elecciones que se convocan en el país para la escogencia de un presidente. Este funcionario, en los años anteriores a 1837, se designaba casi al capricho en los congresos de turno, y por ese procedimiento llegaron a la primera magistratura Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, en sus diversas asunciones, y Joaquín Mosquera, Domingo Caicedo y Rafael Urdaneta. Un Congreso, el de 1832, desagravió al General Santander del cargo de septembrista, bajo el cual sufrió la pena de destierro en Europa, con la exaltación, por enésima vez, a la presidencia de la República, llamada ahora de la Nueva Granada. Este hombre constituía todavía prenda de dignidad y patriotismo, no obstante las desgraciadas circunstancias políticas en que asumió el mando. Predispuesto a la paz, y deseoso de propagar

en el país las ideas de progreso y de trabajo que había captado en Europa, no tardó, sin embargo, en caer de nuevo en la red de los odios políticos, que sus antiguos amigos habían logrado conservar en toda su fuerza y violencia. Don Miguel Antonio Caro deja entrever la proximidad del drama que se incubía: “El general Santander, caudillo de ese partido, conservó el orden durante su Presidencia (1833-1837) como severo ejecutor de las leyes, y honrado y diligente administrador; pero intrigante y cizañero, por otro lado, y en mala hora empeñado en afianzar el poder adquirido en manos de militares ignorantes, notables solo por su intolerancia, y de medrosa figura por la sombra de una acusación terrible de que no se habían vindicado, no supo asegurar para el porvenir el orden de que era guardián celoso, y sembró semillas de discordia que habían de dar sus frutos apenas hubiese él descendido de la silla presidencial. La elección del ciudadano que debía suceder a Santander en la Presidencia, señaló la hora del combate, y anunció la formación de los partidos granadinos que asomaban ya dentro del partido liberal colombiano. El general Obando era candidato de Santander, y el doctor Márquez de la oposición: de un lado el militarismo liberal, con todos sus odios y rencores, con el misterioso velo que habían echado sobre el asesinato de Sucre, con los honores que osó conceder a los conspiradores de septiembre; del otro el civilismo ilustrado, inspiraciones de virtud y tolerancia, repudiación del crimen, reconciliación con todos los hombres de sanas intenciones. La violencia banderiza, por una parte, la modernización patriótica por otra, caracterizaban a los partidos nacientes; al que ya desde entonces empezó a usurpar el título de liberal, que a todos cobija, y al que sólo años después (1849) tomó definitivamente el nombre de **conservador**, dejando los de **oposicionista** y **ministerial** que había llevado según las circunstancias, el primero en la campaña electoral contra Santander, y el segundo en los años de dominación que se siguieron a los tiempos por él alcanzados después en las urnas electorales y en los campos de Batalla”.

La prodigiosa inteligencia de Caro ha resumido en estas líneas todo el hecho histórico y temperamental que está en el origen de los partidos políticos colombianos. Sin la equivocación, porque sin duda alguna lo fue, y en grado superlativo, del apadrinamiento de Obando por parte de Santander, la definición y la diferenciación de esas dos colectividades tal vez habrían demorado un buen tiempo, y al ocurrir, es posible que no hubieran

desatado las catastróficas consecuencias que aquel deplorable capricho trajo. Porque Obando, al resultar vencido por Márquez, enconó su corazón contra el vencedor, y en espera de la oportunidad de tomar venganza se retiró a sus tierras del Sur. Santander entregó el mando a su sucesor con perfecta dignidad, y se retiró, del propio modo, a la vida privada. Hasta allí le llegaron las persistentes incitaciones de sus amigos para que encabezara la oposición a Márquez. Vicente Azuero, Florentino González y Lorenzo María Lleras iniciaron los ataques. Una protesta de los pastusos contra la supresión de los conventos de la ciudad, ordenada por una ley que, sin discriminación, fue votada por liberales y conservadores, puso en marcha el mecanismo nacional de la guerra civil. El problema político-religioso de los conventos no hubiera pasado a mayores, si no lo complican dos ingredientes de fuerte potencia. El uno tiene que ver con el asesinato de Sucre, y el otro con la conducta de los empleados santanderistas que, al dejar el general el poder, hicieron el tránsito al nuevo gobierno, sin mudar de opinión ni de sentimientos. En efecto, la situación de Obando se hizo inquietante cuando sus enemigos políticos, decididos a cobrarle la arrogancia e insolencia de sus ataques, le revivieron, para afrentarlo, la vieja y no probada participación suya en el asesinato del Gran Mariscal. El hombre del "doble origen manchado" reaccionó colérico contra la imputación, y puso en marcha sus ejércitos contra el gobierno. Lo de los empleados ocurrió en terrenos más discretos, pero no en forma menos desastrosa. Su acción se cumplió hacia adentro, con la intención ostensible de desacreditar la administración y crearle, por ese camino, conflictos de opinión al presidente Márquez. En defensa del gobierno se alistó de inmediato el general Tomás Cipriano de Mosquera. Bajo sus órdenes y las del general Pedro Alcántara Herrán se armó, igualmente, un joven aristócrata de Popayán, reintegrado al país en 1838, después de una residencia en Londres de aproximadamente ocho años. Nacido en 1817, Julio Arboleda entró en esa guerra con la simplicidad y la alegría con que se ejecuta un acto natural. Mosquera no pasaría por alto la oportunidad que, años después, le presentaría un hijo de Julio, Rafael, para decir que él fue benefactor de Arboleda por esos días, y que le dio lecciones de estrategia y conducción militar.

Triunfante, al fin, el gobierno de Márquez, el odio se empoza en los corazones de Obando y Mosquera, odio que ya había recibido su más fuerte estímulo en la batalla de La Ladera, cuando

Obando, que combatía al Libertador, derrotó impávidamente a Mosquera. Se explica, por eso, el ardor con que éste se enfrenta a Obando en 1840. “Mosquera —dice Caro— era vanidoso en sumo grado y no olvidaba ni perdonaba; la causa criminal del asesinato de Sucre se había removido ciertamente por una casualidad, pero al paso que Herrán hubiese deseado cortarla por el bien de la paz, Mosquera se gozaba en atizarla, mostrando ardiente celo por la justicia, que en sentir de muchos significaba el placer con que hacía la ocasión de saciar venganzas personales. Cuando cesó la guerra, habiendo escapado Obando y refugiándose en el Perú, Mosquera obtuvo la comisión de ir a reclamar la extradición del reo, y el uno en Lima, en Valparaíso el otro trabaron agria y descompuesta polémica, haciendo ambos voluminosas publicaciones, groseras en todo sentido y mazorrales, que son a un mismo tiempo escándalo de nuestra historia y de nuestra literatura”.

Solo conjeturas

Los historiadores que han examinado a fondo esta enemistad, y los funestos desarrollos que tuvo para el país en esos años de sevicia, no han logrado ponerse de acuerdo sobre los verdaderos factores determinantes de ella. Y conste que en el propósito esclarecedor se han empleado cientos y hasta miles de páginas. Siempre en vano. Conjeturas, eso sí muchas y muy sutiles, pero nada más. Baste saber, entonces, que para esta fecha de la estancia de los dos personajes en el exterior, esa enemistad había alcanzado la más emponzoñada virulencia, hasta el extremo inaudito de no respetar ninguno de los enfurecidos rivales, no digamos la dignidad personal, pero ni siquiera el propio nombre de los indefensos progenitores. En el “Examen Crítico del libelo publicado en la Imprenta del Comercio en Lima, por el reo prófugo José María Obando” (Editado en Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1843) dice Mosquera, para iniciar el libro tercero:

“El año de 1793 hacía la visita del obispado de Popayán el Ilustrísimo Sr. D. Anjel Velarde y Bustamante, y llevaba consigo un barbero que había traído de España, hombre honrado y de muy apreciables prendas, el cual tuvo relaciones con una infeliz joven, que vivía en una casa de campo en el distrito parroquial de Santa Ana, siendo el resultado que nació José María

Obando, y fue echado a las puertas de la Sra. Agustina del Campo y del señor Juan Luis Obando, quienes le criaron. La desgraciada madre de Obando era hija de una mujer, que de consenso con su amante, asesinó a su marido de un modo horrible: razón por la cual el español no se casó con su querida...”.

Obando, el hombre del doble origen manchado, aparece en las páginas del Examen Crítico bajo un enfoque de esta naturaleza, destructor y maligno. Mosquera no esquivo ninguna locución o acusación que pueda infamar a Obando, y el cargo de asesino, que, comparado con los demás que le formula, no es el más grave, se repite, sin embargo, insistentemente, para aludir, entre los varios crímenes que le recuerda, al cometido contra Sucre en la montaña de Berruecos. El duelo de los dos caucanos se tornó, así, implacable. Para Mosquera no hay duda de que la carrera política de Obando estuvo montada sobre la mentira, la deslealtad y el odio. La de Mosquera, según Obando, no tenía tampoco otros fundamentos. Y lo curioso de todo esto es que ambos tenían razón, como ha quedado demostrado por exégetas y adversarios de uno y de otro. Tal vez dos fuertes personalidades como éstas, de tan diverso origen social y, por lo mismo, de tan contradictorias tendencias políticas, no podían convivir y prosperar sin roces ni enfrentamientos en un departamento como el Cauca, donde el caudillismo, por el abrupto contraste que allí existía entre ricos y pobres, entre latifundistas y siervos, entre patronos y asalariados, se manifestaba de modo exclusivo por la vía de las armas, en lucha siempre contra los poderes centrales, que ya en los promedios del siglo ponían en peligro, con su legislación republicana, la supervivencia de no pocos privilegios y privilegiados. Al asumir Herrán el gobierno, en 1841, y con Mosquera como gran caudillo militar a su lado, bien puede decirse que quedaba establecida la primera condición para entrar a disfrutar de un estado de sosiego público, dentro de un nuevo marco institucional y bajo la influencia del viejo y nacionalista idearium bolivariano. La Constitución de 1843 restablece hasta cierto punto el principio de autoridad, y devuelve al ejecutivo los poderes necesarios para que su función pública no se disuelva en ese vaho pernicioso del “dejar hacer”. Mosquera apuntaba ya en el horizonte como el sucesor de Herrán en la presidencia. La seguridad que todas las gentes tenían de que esto sería así, por ser Mosquera quien era, es decir, el incontrastable caudillo militar, de pulso firme e implacable, barrió de la mente de los posibles opositores toda esperanza de conquistar

el poder, así por la fuerza de las urnas o de las armas. La derrota del bando obandista —bando liberal— había sido tan completa que aun el mismo cabecilla se había resignado. El país no sufrió, por lo mismo, ninguna conmoción, con el ascenso al poder del gran general Mosquera, en 1845. Joaquín Estrada Monsalve lo presenta en el esponjamiento casi cursi de su nuevo triunfo: “Pomposamente toma posesión de la cabina directiva del Estado. Lo primero que hace es caracterizarse: con un abundante y ceremonioso protocolo Su Excelencia sustituye la familiaridad de los campamentos. Cuando sus viejos compañeros de armas van a visitarlo, no encuentran al bromeador petulante de las campañas, sino a un amo que trata de colocarlos a distancia y hacerles sentir su autoridad. Son famosas las espléndidas tertulias que organiza en el Palacio de San Carlos, no solo para atraer amigos, sino para deslumbrar la sociedad. Precedidas por la banda marcial, sus comitivas presidenciales constituyen un despliegue de vistosos uniformes y superfluo aparato. De a cuatro en fondo, con el dolmán de paño azul galoneado de oro, abierta capa de redondos botones de cobre, la cimera de crines coloreadas, el pantalón claro en contraste con las botas azabaches, sobre los caballos enjaezados con aperos de doble pistolera, su guardia de húsares cierra el desfile. En la plaza central, sobre un amplio tablado, entre cohetes, discursos y cuadros alegóricos, celebra cada año su entrada al poder”.

No obstante este despliegue de música y colores, la autoridad del presidente Mosquera no es la de un fanfarrón, sino la de un estadista de verdad, que sabe para qué llegó al poder, que conoce a fondo los problemas del país, y que entiende que su deber es solucionarlos, y que, además, a él no le arredra ninguna medida, por fuerte y aun violenta que sea, si la juzga necesaria. No es un presidente de gola y encaje, sumiso al inciso y la urbanidad. Y por no serlo, hizo de esta su primera administración la más audaz, provechosa y progresista que puede advertirse a todo lo largo del siglo. Y venturosamente para él, para Mosquera como hombre, son esos los días, o los años, en que cae sojuzgado interiormente por una pasión amorosa, inconfesable, y, para algunos púdicos guardianes de las buenas costumbres, insolente y depravada. La imagen de un general arrogante y vengativo como Mosquera, a cuya fuerte personalidad no se asociaban sino actos de fría crueldad o refinada perfidia, no iba muy bien con la que sus enemigos empezaron de súbito a delinear ante la pública opinión. Presentarlo así, de pronto, co-

mo un donjuán enredado en fáciles aventuras, y, lo que es más grave, con ninfas del daca y toma, era introducir en el ambiente político del país, tan severo y puntilloso entonces, un tema de conversación que sólo se había visto igual a propósito de los devaneos muy conocidos de Bolívar y Santander.

El gran amor de Mosquera

¿En dónde conoció Mosquera a Susana Llamas, y quién era esta mujer? Las averiguaciones que con alguna insistencia se han hecho en el intento de esclarecer esos puntos han resultado negativas. Sin embargo, a la versión primitiva que la presentaba como oriunda de Medellín, ha sucedido, con fundamentos más verosímiles, la que le asigna por lugar de origen el propio de Mosquera, esto es, Popayán. ¿En qué fecha y circunstancias ocurrió el encuentro? Fue, ciertamente, en los primeros meses de 1845, y en uno de los innumerables festejos con que los partidarios del General le expresaban su adhesión en la lucha que sostenía en esos momentos por la elección presidencial. No se puede decir que fue aquello un amor a primera vista, ya que la Susana Llamas que se entrevé en las referencias epistolares no estaba ya, por edades y ajetreos, en aptitud de sufrir semejantes deslumbramientos juveniles.

Pero así y todo, la mujer sufre el golpe de fascinación con que el general triunfante y famoso la hiere. Después viene el lento y azaroso proceso de ajuste y acomodo, hasta caer en el trivial y tonto abandono del amancebamiento. La elección, y el consiguiente viaje a Bogotá a asumir el poder, separan transitoriamente a los amantes, que para entonces ya habían formalizado bajo toda suerte de promesas y concesiones el clandestino enlace. Susana llega a la capital a los pocos meses de haber tomado Mosquera posesión de la presidencia, y de inmediato le sobrevienen, como es obvio, los problemas inherentes a una situación de esa clase. No se debe olvidar que Mosquera pertenece a la nobleza más rancia del país, como es la de Popayán. Que su familia toda ocupa los puestos de más alta jerarquía en la sociedad, en el comercio, en la política y en el foro, y que su propio hermano Manuel José ostenta la dignidad de Arzobispo Primado. De mil recursos y expedientes hubo de echar mano el general, para que su pecaminoso romance no trascendiera públicamente, desatando el escándalo nacional. A su amigo, el ge-

neral y alcahuete Ramón Espina, le suplica en afanosa carta el favor de conseguirle alojamiento adecuado a Susana, y este le contesta en nota del 2 de julio (1846) que pierda cuidado, que “con seguridad se arreglará el asunto”. Y con este asunto de “la casa para Susana” se normaliza también la vida íntima del presidente y su querida. Que ella no se resigna a ser simplemente la querida del general, es cuestión del todo establecida a través de las muchas alusiones que entonces se hicieron sobre su intemperancia política. Este romance avivó, no cabe duda, el espíritu juvenil de Mosquera, no obstante ser ya un hombre de cincuenta años y haber dejado muy atrás los días de la eferescencia sentimental.

Algunas cartas

Su ánimo juguetón para estos menesteres no decayó en ningún tiempo. A pesar de los duros trances a que lo sometían la política y la guerra, aludía siempre con espíritu fiestero y sentimental a determinadas situaciones y personas. En el fondo de este temperamento positivo y positivista aleteaba, con infantil coquetería, una cierta vanidad personal de tipo amoroso. Las siguientes referencias descubren esa nota entre afectiva y soñadora del gran autócrata payanés: Herrán a Mosquera, en carta desde Neiva, el 14 de abril de 1841, después del combate de Tesca:

“Ayer recibí al llegar al Hobo la noticia de tu espléndido triunfo, comunicado por el gobernador de Pamplona. Has salvado la Patria. Recibe mis congratulaciones, mi gratitud y todo lo que pueda serte agradable de parte del amigo que más se complace y orgullece de tus glorias. Mil himnos y un millón de coronas no serían suficientes para expresarte lo que siento...”

Mosquera le contesta desde Pamplona, el 20 de abril:

“Veremos las coronas que me han ofrecido, pero de manos de muchachas, porque es lo que me gusta. Te incluyo esa proclama, si crees que debe mandarse al sur. ¿Qué te pareció la de Bucaramanga? Yo quedé contento de ella. Quería en esos días una muchacha y estaba poético e inspirado. Enamórate y verás que bien te va”. Y en contraste con esto, suelta la terrible amenaza: “Ya puedes figurarte cómo estaré con la oposición de Popayán. Venganza y Sangre son mis pensamientos”.

Mosquera a Herrán, desde Caldera, el 17 de marzo de 1841.

“Nada veo tras de mí, y así es que mi corazón no se ocupa de otra cosa que de la República, y no por esto dejo de estar festivo y galante si algunos ojos negros me miran. Para todo tengo tiempo...” Y más adelante: “Sé que Carmona se cayó del caballo al salir de Ocaña y rompió la espada. Esto es un agüero feliz para mí, y yo al salir de Bucaramanga recibí afectuosos adioses de muchachas bellas que me midieron la cabeza para darme coronas. Voy a merecerlas. Soy algo romano en esto y espero de la fortuna”.

Pero estas andanzas con la Llamas estuvieron a punto de crearle a la salida de la presidencia, gravísimas dificultades de opinión, ya que el general Obando, su enconado y persistente enemigo, lo amenazó con hacer públicas esas relaciones, mediante el juicio pertinente. Lo que este episodio de la vida privada de Mosquera significó para él en un determinado momento de su destino, se descubre con todas sus implicaciones en los siguientes textos, tomados de su correspondencia:

“La ida de Obando a Cartagena, le dice Espina a Mosquera en carta de 15 de junio de 1849, la ha creído todo el mundo como un paso directo hacia usted, y nadie espera otra cosa sino que le tenderá lazos sobre lazos; pero también creemos que hay mucha distancia entre el Cazador y la Liebre; sin embargo, no hay que descuidarse y mucho menos en dar lugar a que de una manera legal pueda lucirse aquel hombre. Aparente a esto le diré en toda confianza, que aquí sabemos de una manera positiva que en el palacio en una gaveta o cajón de una mesa cómoda o estante, encontraron unas cartas de usted a Susana, las cuales lleva Obando para hacerle seguir una causa por amancebamiento, tanto más según viva usted allá con ella, pues esta gente cree que usted estará en este lugar con Susana a pierna suelta, que será fácil seguirle el juicio y probarle todo, no solo para desacreditarlo, sino para impedir que estando encausado pueda ser nombrado representante. No mire pues poco más o menos este aviso, porque no le quede duda que es cierto y sírvale de gobierno para prever y evitar los lances. Esta cosa la sabe mucha gente en Bogotá y multitud de amigos de usted me han recomendado que se le escriba”.

El cuento es que el general Mosquera, con la inocencia verdadera de un niño que se extasía con su juguete, y que lo lleva

y lo trae, a horas y a deshoras, y que se ensimisma con él sin importarle ninguna otra cosa, una vez posesionado de la presidencia de la República su sucesor José Hilario López, lió bártulos para Cartagena, con la esperanza de abrir en cualquier punto adecuado de ese litoral la Casa de Comercio con la cual soñaba cada vez que las viceversas políticas lo llevaban a disfrutar de un obligado descanso. En Cartagena se instaló el expresidente con la infalible Susana, refocilándose a “pierna suelta” con ella como lo imaginaban sus enemigos. Los cuales se valían de los más increíbles recursos para mortificar al amante de la Llamas. Mosquera mismo nos descubre, aunque sólo a medias, una de esas maquinaciones, en los siguientes apartes de una carta suya a Espina, suscrita en Barranquilla el 8 de noviembre de 1849: “El doctor Herrán ha embrollado el asunto de mi esclava Visitación, y como sus hermanas fueron las que la redujeron para quedarse con ella, ha hecho mal uso de la carta de libertad que yo le mandé para que rechazara la que le habían dado, y seguirme pleito; pero puesto que no se la dieron no hay para qué mover esto. Las cartas de Herrán todas son misteriosas y no le he podido descubrir cuáles fueron las picardías que intentaron. En mi concepto querían libertarla para que declarara que yo había vivido con Susana o cosa semejante”.

“En cuanto Obando supiera —dice más adelante— que yo había seguido para Ciénaga, haría lo posible para salir de mí allá, ya que en esta provincia no puede. Este bribón ha destituido hasta a los preceptores en las escuelas, y con ello vamos ganando mucho los progresistas. A un Aristides Vohigs, que es el que pone pasquines contra mí, y siempre manda a Santa Marta a Corbues y a Cartagena a Nieto cuentos y mentiras sobre Susana para que los publiquen, le ha pagado ya sus infamias haciéndolo colector de rentas...”

Celo por la amada

Pero la situación política del país se complica, y con ella la propia del general Tomás Cipriano, ya que los conservadores no dejan de pensar que la elección compulsiva de José Hilario López, el famoso 7 de marzo, ocurrió de ese modo por la indolencia política del presidente Mosquera, con lo cual le ha franqueado el camino hacia el poder a su implacable enemigo José María Obando. La amenaza que éste le hizo de seguirle juicio público

por amancebamiento, lo colocó en la necesidad de rodear de una cierta discreción esas relaciones con Susana, y para el caso, y con todo el dolor de su alma, la enrumbó hacia Bogotá, donde su impertérrito amigo Ramón Espina se encargaría, una vez más, de buscarle alojamiento, mientras él se le reunía. Estos pasos y separaciones dolían en las entrañas al general Mosquera, y le enturbiaban el horizonte con los más sombríos y dramáticos tintes. Desde Barranquilla, a 8 de noviembre de 1849, le dice a Espina, al final de una larga divagación política, y en adición **reservadísima**: “Hoy estará Susana en Conejo y de allí seguirá para esa. Se la recomiendo muchísimo, no deje de hacerme una que otra visita y aconsejámela mucho. Creí conveniente esta separación para que no hubiera motivo para estarnos mortificando. Mucho me ha costado, porque juro a usted que ha sido y es la única pasión que he tenido en mi vida. Yo conozco ahora que jamás había amado a una mujer. Si ella me llegara a ser infiel, no sé lo que haría. ¿Qué dice usted de un amor semejante a los 51 años? Amigo, no sé que decirle a usted, estoy más enamorado ahora que un cadete a los 18 años. Escríbame algo sobre ella y bueno es que se diga por allá que ya no hay relaciones entre los dos”. Espina le contesta el 16 de noviembre: “El correo que corresponde al 14 del corriente aun no ha llegado, ni tampoco Susana, a quien veré apenas llegue, le aconsejaré frecuentemente lo que usted me encarga y la serviré con mucho gusto en cuanto me ocupe. Muy bien me ha parecido la medida de que se venga, y supongo lo que usted habrá sufrido...” El 23 de noviembre le escribe: “Susana llegó el 20, y al momento que lo supe fuí a verla y le ofrecí mis servicios de la manera que los creyera útiles. Está buena, le aconsejé todo lo que usted me encarga en su anterior carta y le agregué cuanto más se me ocurrió. Está muy decidida a manejarse de tal modo que nadie sepa ni aun si existe en el mundo”. En carta de 30 de noviembre repite Espina: “Susana sigue bien, está buena, ahora 3 días que pude salir la ví en su casa, hablamos muy largo, y **no sé en qué sea más exaltada, si en pensarlo y quererlo a usted o en los negocios políticos**; está resuelta a observar todas las indicaciones que yo le he hecho y que usted me encarga en su carta. Es una negociante completa, pues por conducto de Jenoveva ha vendido mucho de lo que ha traído y me dice que ha ganado un ciento por ciento”. Espina extrema su celo en la información al amigo sobre la lealtad que le profesa la Llamas. Pero acaso esto sea solamente la piadosa conducta de quien no

quiere decepcionar al enamorado con revelaciones dolorosas. Es inaceptable que Espina ignorara la traición que la Llamas le hacía a su amante, cuando era de público dominio esa deplorable falta de lealtad. Pero no quiso, al parecer, causarle ese dolor. Fue el secretario privado del expresidente, Manuel Urrutia, quien en carta de Bogotá, de 6 de diciembre de 1849, le hace saber que “Susana... lo ha traicionado a usted mil y mil con Benet y otras muchas personas... Si usted quiere cerrar los ojos a la luz del día dude de mi carta...” Mosquera recibió el golpe en la mitad del pecho, con entereza indudable. Esta era la mujer, según propia confesión, que más había amado en la vida... su única y verdadera pasión... Como todo temperamento egoísta y arrogante, Mosquera absorbió la injuria y suprimió en lo sucesivo de su correspondencia toda mención del nombre de Susana Llamas. Una carta le escribió directamente a ella desde Panamá, en enero de 1850, que Espina le devolvió con fecha del 6 de febrero, “porque ella se fue para Popayán”. El pobre Espina, ignorando los informes que por otros conductos ya le habían llegado al amante burlado sobre la conducta de la mujer, le repite todavía a renglón seguido, con una candidez realmente invencible: “Aquí se ha conducido muy bien y constantemente no pensaba sino en usted”. Epílogo desgraciado de una pasión que no podía concluir sino de esa manera. Cuántas tonterías no cometió este hombre, el más temible, odiado y vengativo de su tiempo, en aras de semejante extravío? La mujer era, exactamente, de las que el Caballero de La Tenaza, don Francisco de Quevedo y Villegas, denominaba damas de alquiler, sufridoras del trabajo, vínculos de la lujuria y ninfas del daga y toma. Entre esas tonterías se destaca, por su absoluta ridiculez, la que cometió cuando Obando lo amenazó con el juicio por amancebamiento. León Helguera resume de este modo ese episodio en su obra “Archivo Epistolar del General Mosquera”: “Además, la inseguridad personal se añadió a su incertidumbre política, por la noticia funesta para su amor propio que le dio Espina —entre otros— del descubrimiento de las cartas de su amante Susana por sus enemigos políticos y de que el general Obando iba a utilizarlas para promoverle una causa por amancebamiento. Mosquera con característica rapidez, fue donde el Personero Municipal de Barranquilla, e hizo levantar una información sobre sus relaciones con la Llamas. Según aquel documento, el expresidente aparece como un benefactor desinteresado de Susana y de su hermano menor, y que ayudaba a los

Llamas económicamente y con su protección personal, a cambio de que la Susana le cuidara la casa y la ropa. Espina, que estaba al tanto del asunto, le aconsejó a Mosquera que en sus futuras cartas omitiera toda referencia a Susana, y que él haría lo mismo. Para mayor complicación, tanto Mosquera como Espina descubrieron que su correspondencia había sido violada, y empezaron (hacia septiembre de 1849) a numerar sus respectivas cartas”.

Mosqueras y Arboledas

El turbión político en que entró el país con la elección de José Hilario López distrajo un tanto a Mosquera de los dolores y resentimientos que le dejó su frustrada pasión. Años de zozobra: la presidencia de López —la minirrevolución de los hermanos Julio y Sergio Arboleda— mayo a septiembre de 1851; el gobierno de Obando, el golpe de Melo y el posterior triunfo, el 4 de diciembre de 1854, de las fuerzas constitucionales contra el violento usurpador. En 1851 se había radicado Mosquera en Nueva York, llevado por sus viejos proyectos comerciales, que esta vez encontraron eco y estímulo en su yerno el general Pedro Alcántara Herrán. Desde la metrópoli norteamericana, donde, a medida que soñaba con los castillos de una impresionante prosperidad económica, veía declinar y desaparecer los fulgores de su desorbitada y tardía alucinación amorosa, echa la vista sobre la patria lejana, y recordando los triunfos que la política le había brindado allí a manos llenas, cae de nuevo bajo el imperio de su inevitable fascinación, y emprende el regreso. La estrepitosa caída de Melo fue para él como el potente indicador de que otra vez el destino de la nación se iba a entrelazar estrechamente con el suyo propio. El demonio de la vanidad lo tentó esta vez por el lado de la presidencia. Sólo que para esos días la filiación política del general se había tornado confusa, en razón de la actitud que había asumido frente a los partidos durante su reciente mandato. Los liberales no creían en él, no obstante haber hecho una administración eminentemente liberal y, a su turno, por esa misma razón los conservadores lo excluían de sus filas. Al enfrentarse, en la disputa del poder, al señor Mariano Ospina Rodríguez, el general Mosquera sufrió en las urnas el más grande descalabro que se pueda imaginar. El golpe fue duro, porque le sobrevino juntamente con el de la quiebra de su casa comercial de Nueva York, pero no tanto como

para obligarlo a desistir de la lucha. Persistiendo en ella obtuvo un escaño en el Senado, al cual concurrió, entre acoquinado y vengativo, en 1857 y 1858. El alma de este hombre necesitaba, sin embargo, para subsistir con alguna fuerza expansiva, el campo abierto, y preferiblemente el de las batallas. Su comarca nativa, el Cauca, era para él algo así como el permanente y pródigo dispensador de ideas y estímulos, en lo político y en lo militar. Retorna, pues a Popayán, y desde allí adelanta la ponderosa tarea de recoger con mano fuerte todos los restos de su antiguo prestigio. Debe reconquistar una a una las posiciones que sus adversarios le arrebataron durante los años de su ejercicio presidencial y su posterior permanencia en los Estados Unidos. Con el Cauca en su puño, ahora más enérgico que nunca, el dominio sobre el país es cosa apenas de esperar la oportunidad. Mosquera no contaba, en estos alegres cálculos de su recuperación política y militar, con la presencia en esa comarca de un joven y ambicioso caudillo, aristócrata como él, autócrata como él, decidido a imponerse también como él, y convencido, como él, de que la gran tierra del Cauca le pertenece, de igual modo, por derecho de sangre y por derecho de conquista. Mosqueras y Arboledas hacen la magnífica conjunción de todo cuanto en el ámbito social representa un elemento de triunfo: riqueza y linaje brillan para ellos con inusitado y fuerte esplendor. Son dos apellidos avasalladores en el ámbito del Cauca, que tienen indiscutibles privilegios en cuanto a mando y señorío. Y en estos años del gobierno de Ospina Rodríguez, el contendor triunfante de Mosquera, Tomás Cipriano y Julio son, respectivamente, los personajes centrales de esas dos arrogantes dinastías.

Fue una revelación dolorosa para Mosquera la presencia allí de Julio Arboleda, en momentos en que más despejada necesitaba la vía, y cuando su viejo y enconado enemigo Obando formaba también en las filas de la oposición al gobierno. Esta circunstancia eliminaba la rivalidad de ese antiguo y temible adversario. Pero la mala fortuna le colocaba por delante el inesperado e insólito obstáculo de otra ambición política, tan potente como la suya. Julio Arboleda perseguía exactamente los mismos fines de su tío Tomás Cipriano. Eran, pues, dos aspirantes a una sola jefatura. Y el choque sobrevino, ineluctablemente. La historia de este episodio envuelve los más dramáticos sucesos nacionales, con las implicaciones de diversa índole que ellos tuvieron en materia política e institucional. Su recuento desborda los términos de este artículo, por la vastedad increíble

de la materia. Con implacable fatalidad se fueron creando las circunstancias que habrían de desatar en pocos meses la guerra civil.

Estos pormenores son objeto de otra historia. Para nuestro intento nos basta decir que entre los años 60 y 61, hasta la toma de Bogotá por Mosquera en diciembre, el general payanés doblgó al gobierno de Ospina, y colocó a éste y a su hermano Pastor en la afrentosa capilla de un fusilamiento inminente.

La versificación

Pero volvamos unos años atrás, para cambiar un poco el rumbo. El 1º de abril de 1855 asume el poder el señor Manuel María Mallarino, en su calidad de vicepresidente y tras la deposición del gobierno de hecho del general Melo. Ese día le toma el juramento al primer magistrado el señor Julio Arboleda, presidente del Congreso. El discurso alusivo figura entre las mejores piezas de la oratoria política, por el corte retórico y por su altísimo vuelo republicano. La fama de Arboleda recibió con este acto un impulso popular que él mismo no había podido prever. Los hombres de orden, religión y paz de la nación, entendieron que en ese joven arrogante y lúcido se cifraba la mejor esperanza para el país, y, concretamente, para el bando conservador. No fueron pocas las tentativas que a partir de ese momento se hicieron por sus amigos para que tan buenos propósitos tuvieran cumplida satisfacción. Dos veces —en 1856 y 1859— lo señalaron como candidato a la presidencia, y en 1857 y 1859 se le ungió con la investidura de Designado. Muy cerca estuvo, pues, de alcanzar el poder quien, desde 1855, había dejado de lado las intrigas y batallas de la vida pública, y con su familia y sus libros se había radicado en París, continuando los estudios que desde niño, cuando fue llevado por su padre, había iniciado en Europa. Arboleda representaba en su tiempo un caso raro de militar y político. En ambos campos se mantenía vigente su nombre, no obstante ser muy poco el tiempo que en cada oportunidad permanecía en el país. Fueron más, en efecto, los años que pasó en el exterior. Bastante llevaba ya de vivir en París cuando recibió la noticia del zarpazo de Mosquera contra el presidente Ospina Rodríguez. Ante el hecho, que no le resultaba desde luego insólito, y menos inesperado, por venir de quien venía, el afrancesado general Arboleda reacciona ini-

cialmente del modo como acostumbraban hacerlo entonces los colombianos de algunas letras en situaciones semejantes: a base de versificación. Julio Arboleda fue fecundo como ninguno en este género político-literario. Su producción en tal sentido lo coloca a la cabeza del amplio número de quienes, en el siglo pasado, vengaban a través de metros y rimas ofensas y derrotas, en lo político, en lo militar y aun en lo religioso. Al enterarse de la felonía de Mosquera contra el gobierno de Ospina, y sin dar respuesta siquiera a la invitación que el presidente le formuló para que lo defendiera en los campos de batalla, se lanzó a la versificación, bien provisionado de una buena cantidad de ideas **picudas**, maldicientes y venenosas, y con el léxico que ni el propio Caballero de La Tenaza, con ser quien era, y con escribir lo que escribía, se atrevió a emplear jamás. Se conserva el cuadernillo en donde Julio Arboleda llevaba el apunte, en París, de sus ingresos y egresos, discriminados hasta el centavo, con increíble cicatería. La letra de Julio Arboleda desaparece, en este curioso libro de minucias económicas, con la anotación del 10 de julio de 1860, que dice: "Por 19.494,10 que han cobrado hoy de una letra que endosé a su favor el 25 de junio". Se recuerda que Julio Arboleda desembarcó en Santa Marta en la mañana del 26 de agosto de 1860, es decir, menos de cincuenta días después de aquella anotación. El cuadernillo contiene, sin ninguna referencia cronológica, y en no pocos casos con versos de ensayo sacados al margen, o a la página frontera, varias composiciones tituladas así:

Vanitas Vanitatum et omnia Vanitas, 36 Sonetos, La Payaneida y, en prosa, un ensayo con el nombre **La Libertad**. Los 36 sonetos pertenecen a esa poesía de combate que resultó endémica en el país en el siglo pasado, y se explican en su sentido y alcance políticos por el texto del primer soneto, y particularmente en sus dos primeros y sus dos últimos versos, que dicen:

"Granadinos! Un héroe necesito! para unas tres docenas de sonetos..."

.....

"Ya que hoy es héroe un animal cualquiera Canto a Tomás Cipriano de Mosquera".

Sólo que de esos 36 sonetos apenas escribió Arboleda 8, suficientes, en todo caso, para recoger toda la ponzoñosa iracundia que le reventó en el alma ante la noticia del levantamiento

armado de su mortal enemigo. Vació en esos versos el rencor acumulado contra el Gran General desde tiempos antiguos, acaso desde noviembre de 1831, mes durante el cual —escribe el propio Tomás Cipriano en 1874, en un folleto dedicado “A mis amigos políticos y personales”— “me aguardaba en Pisa mi cuñado Rafael Arboleda, y al llegar a ese lugar lo encontré muerto en su lecho...” Este Rafael es el padre de don Julio. Y resulta, además, que así, con ese nombre de Rafael, se llamaba uno de los hijos de Julio Arboleda, el cual hijo le formuló a don Tomás, en 1874, el cargo de haber hecho quiebra fraudulenta en sus negocios de Nueva York. Fue en defensa de su conducta al respecto que el general Tomás Cipriano escribió el tal folleto, refutado, a su vez, al año siguiente, desde Popayán, por el hijo de don Julio. El comentario que este hace a la referencia de Mosquera sobre la muerte de don Rafael en Pisa no puede ser más desabrido: “Cierto, muy cierto es esto, porque sabiendo don Tomás que estaba gravemente enfermo, no pudo o no quiso ir a tiempo, por tener la importantísima ocupación de pasearse por otras ciudades. Así pagó el señor Mosquera a mi abuelo, don Rafael Arboleda, el servicio que de éste recibió cuando, volando de aquí a Barbacoas, fue con el médico y cirujano, doctor Flood, a salvarle la vida que tuvo en peligro, a consecuencia de una herida que había recibido en la quijada”.

Es obvio que este comentario lo debió oír Rafael de labios de su padre, don Julio Arboleda, y que la actitud despectiva del general, que él denuncia, tuvo que ser forzado tema de conversación en esa familia, por todo el tiempo transcurrido. En 1860, en París, Julio Arboleda no pudo prescindir de ese recuerdo, agravado ahora por las noticias que le llegaban de su país sobre el implacable zarpazo que al gobierno constitucional de Ospina acababa de dar. Es posible que su inicial reacción poética, plasmada en 8 sonetos, le pareciera pueril o tonta frente a la magnitud del suceso, e indigna, además de un militar —de un poeta-soldado— a quien su patria le había hecho ya grandes honores, en consideración precisamente a la solidez de sus ideas y al valor de sus hazañas. Dejó, pues, la pluma, y con ella la esperanza de detener al usurpador por otros medios que no fueran los de la guerra. En agosto de 1860 abre su campaña en Santa Marta, con alterna fortuna, que al final queda reducida al oscuro, torpe e infamante crimen de Berruecos. Sólo una mano aleve, movida desde la sombra, pudo cerrar el paso a ese capitán de indudables proyecciones históricas. Aquí de la vieja copla:

*“Es cosa muy verdadera
que en gallina se convierte
una polla, si la muerte
no le corta su carrera”.*

¿Cuál es la razón para que los desdorosos versos de Arboleda se publiquen? Con ello no se hace honor al autor, ni a la literatura, y menos aún al país. Como poesía son absolutamente insignificantes. Inclusive algo más: son degradantes. Las bajas pasiones políticas no produjeron en Colombia, en todo ese tormentoso siglo XIX, una muestra de mayor procacidad ni de más bajos recursos. ¿Pero son, enteramente, desprovistos de interés, en el sentido histórico al menos? Ya es un lugar común que la historia de un país no es solamente el registro de sus buenas acciones, de sus buenas costumbres, de sus buenos sentimientos. Porque si tal cosa fuera así, la historia colombiana de todo el ochocientos no existiría por lo menos en un cincuenta por ciento, ya que la otra mitad está constituida, en este país más que en ningún otro de América, por una profusa serie de atentados contra el orden social, la estabilidad institucional, la dignidad nacional y la violación, con los más atroces alardes de fuerza, de todos y cada uno de los derechos individuales consagrados en las modernas legislaciones. Las rivalidades entre personas, estimuladas obviamente por la mala atmósfera nacional que se había creado, no se detenían ante ningún valor moral o social, sino que todo lo atropellaban, en todo entraban a saco y contra todo lanzaban su ponzoña y su veneno. Los periódicos y revistas del XIX están inundados de una literatura injuriosa y degradante, encaminada a deprimir moral y familiarmente a quienes no fue posible vencer con las armas o en las urnas. Se recurría a la calumnia, a la invención deshonesta, a la maligna sugerencia, siempre bajo el apremio de destrozar una reputación o poner en entredicho una causa. Julio Arboleda, con estos sonetos punitivos contra Mosquera, y con otros versos dedicados a varias personas, no fue un caso excepcional en este “ejercicio poético”. Ya dijimos atrás que todo el que tenía alguna afición a las letras incurría en tales despropósitos. Obando y Mosquera fueron las víctimas principales de los licenciosos versificadores, por la elemental circunstancia de ser ellos los más activos y conflictivos dirigentes políticos. La osadía y violencia con que estos dos hombres manejaban los negocios públicos, concitaban el rencor y el resentimiento de sus émulos o sus víctimas. Con lo que de

ellos se dijo en verso podría llenarse fácilmente un volumen de trescientas páginas. Y sin ser el único, el señor Julio Arboleda sí fue, tal vez, el más desembozado y atrevido de todos. Los ocho sonetos que hoy se publican son sólo una muestra de esa producción. Otros corren de su inspiración, pero sin su firma. El anonimato era la forma natural de lanzar esos ataques. La procedencia se advertía con cierta facilidad por el estilo, casi siempre inconfundible, que caracterizaba a los distintos escritores. A veces se producían verdaderas obras maestras en esta difícil expresión del soneto calumnioso. Pero no en cuanto a la forma, casi todos ellos endecasílabos de corte clásico, sino en lo relativo a la cantidad, realmente inverosímil, de malevolencia y perfidia que lograban acumular. Quien conozca a fondo la vida de José María Obando sabe, por ejemplo, que en el siguiente soneto no hay verso, ni palabra, ni sílaba siquiera, que no destile la más perversa intención, bajo el enunciado todo ello, de hechos, nombres y situaciones realmente vinculados a la vida de ese general. Se cita aquí como ejemplo clásico de la imputación calumniosa infringida "poéticamente" con claras finalidades políticas a raíz del golpe de Melo:

RETRATO DEL HEROE

*Es hombre de menguada jerarquía,
tipo bestial y cara de jalea,
siempre cobarde y torpe en la pelea
a pesar de su gran caballería.*

*Fue dueño de la ilustre doña Pía;
pero ya más amante se recrea
en el sucio faldón de Timotea,
Baronesa de Japio y de García*

*Y en la zambra de tantos criminales,
él es el biombo de su bella dama;
los malos son sus ínclitos parciales.*

*Con ellos urde su nefaria trama
y entre robos y farsas y puñales
representa muy bien su Melo-Drama*

Este soneto reposa en el folleto "Historia de la dictadura de José María Melo, o los frutos del Melonar del Cuartel de Húsares en 1854. Bogotá, Imprenta de Nicolás Gómez". Se trata,

pues, de una obra anónima, como todas las picantes y urticantes que allí figuran.

También Rafael Pombo

Don Rafael Pombo, el tierno y celeste cantor de los niños, también aceró sus garras “poéticas” contra el “hombre de menguada jerarquía”. Sus estrofas políticas figuran en sus manuscritos bajo el rubro muy pertinente y sugestivo de “Sucia y apañuscada colección de desatinos en trivial verso”. Hay allí cosas verdaderamente inefables. “Al Tigre de Berruecos, García, etc.”, se titula una de sus composiciones contra Obando, bastante larga por cierto. Algunas estrofas dicen:

*Y he podido escribir esta palabra
sin tremecer de cólera y dolor
sin que mi sangre hierva entre mis venas
sin que palpite herido el corazón?*

*Y he de hablar de la página más triste
que en la historia del mundo hubo jamás,
y en el blanco papel correr la pluma
que debiera de llanto salpicar?*

.....
*¡Sucre! ¡Sucre! Tu sombra no persigue
sin descanso a ese monstruo criminal?
En medio de placeres y de arpías
sarcástica ante él no sonreirá?*

.....
*¡Qué súplica! ¡Piedad para los tigres!
Para el tigre más bárbaro y feroz!
Para esa muestra que orgulloso el diablo
a perseguir la humanidad envió!*

.....
*Al pronunciar el nombre de ese monstruo,
cifra de ingratitud y maldición,
creo sentir de una víbora enterrado,
en la lengua el mortífero aguijón.*

*Mirad esa maléfica mirada,
¡no os inspira terror? Yo sé que sí!
No veis sobre su frente cómo humean
manchas de sangre de inocentes mil?*

*¡Y no se abre la tierra donde pisa!
¡no cae sobre él un rayo abrasador!
tal vez Dios le reserva en este mundo
para el terrible día de la expiación.*

*Para un día en que quede vindicada
de delitos sin fin la humanidad,
en que ella le maldiga horrorizada
y le diga "anda, anda, criminal".*

*En que le niegue un pan a sus clamores,
pan de que a tantos sin piedad privó,
en que le niegue un lecho que la sangre
mil veces en su vida salpicó.*

Lenguaje y maligna intención éstos de Pombo que no se compaginan con lo que él realmente fue cuando cantó los sentimientos de amor a la mujer, a la infancia, a la familia, a la Patria y, por sobre todo, a Dios. Razón tuvo en designar estos "desatinos en trivial verso" como "sucias y apañuscadas colección", indigna de su pluma, es cierto, pero eminentemente ilustrativa del modo como los hombres públicos del siglo pasado se expresaban en Colombia de sus congéneres, si por desventura no se hallaban en la misma cuerda política. Sobre esta forma de expresión "poética" podría muy bien un acucioso investigador levantar el más formidable expediente que sea posible imaginar contra los hombres públicos colombianos del siglo XIX, sometidos, casi todos, a la implacable ofensiva de los rencorosos versificadores. Para quienes, como ya se ha visto, constituía gran atractivo el general Mosquera, cuya personalidad pretendió "esculpir" de este modo un "admirador" anónimo:

*En la historia vivirás: Tomás.
Baldón del género humano: Cipriano.
Feroz y sangrienta fiera: Mosquera.
No aguardes nunca, pantera,
para tu nombre la gloria:
maldita sea tu memoria
Tomás Cipriano Mosquera
Quién más malo que Caín,
que Judas, que Barrabás?
Tomás.*

*Quién fue más cruel y tirano
que Nerón y Vespusiano?*

Cipriano.

*Quién con su maldad supera
a la más sangrienta fiera?*

Mosquera.

*Es menos cruel la pantera
Y el tigre es menos feroz:
Nadie, nadie como vos:
Tomás Cipriano Mosquera.*

36 SONETOS

*Granadinos! un héroe necesito
Para unas tres docenas de sonetos.
Bien pueden calcularse mis aprietos
No siendo ni poeta ni erudito.*

*A treinta y seis sonetos me limito
Esto es a seis docenas de cuartetos
Si les uno otras tantas de tercetos
Quinientos cuatro versos habré escrito*

*Tendrá mui poco mérito el poema
Porque le voi dictando de lijero
Llano será el estilo como el tema*

*Pues ya no se halla un héroe caballero.
Ya que hoi es héroe un animal cualquiera
Canto a Tomás Cipriano de Mosquera.*

2

*Partiré en varias partes este canto.
El método seduce y satisface
Y da cierto aire clásico y enlace
En que yo encuentro un indecible encanto*

*Tratará la 1ª del espanto
Que difunde el guerrero con lo que hace
La 2ª hablará del desenlace
De su 1er. amor. (Esto no es tanto)*

*Del comerciante luego trataremos
Y del padre y del suegro y del marido,
Y sus obras científicas verémos*

*Sin dar sus travesuras al olvido
Porque en hombre tan grande y tan pujante
Hasta el modo de mear es importante.*

3

*En un pueblo en que silvan la caramba
Y helados beben de color de grana,
Y salpicón también (por la mañana),
Tomás nació (en la calle de la Pamba).*

*Aunque en esa ciudad hai mucha zamba,
Fué su madre una blanca mui lozana
De cuerpo hermoso y limpio, de alma sana;
Bien hablada (Jamás dijo caramba)*

*Fué su padre un varón más que excelente:
Tuvo ese par virtuosa descendencia
Toda ella en sus costumbres mui severa;*

*Mas Dios para probar a aquella gente
A quienes dio virtud riqueza y ciencia
Les dió también al jeneral Mosquera.*

4

*Bajo ricos damascos y entre olanes
Vino a habitar Tomás n[uest]ro planeta.
Y su virtuosa madre parió quieta
Sin pedir cirujano en sus afanes.*

*Mujeres de hijosdalgo y de patanes
Parian en esos tiempos sin receta,
Pues aunque hoi a parir nadie se meta
Sin tener á su lado un par de peones*

*Que armados de tenazas y de un frasco
Den fe del hecho estandose en la pieza.
Al concluir la preñez (será buen chasco*

*Que inventen el hacerlo cuando empieza)
En un siglo sin luces ni linternas
Morían las hembras sin mostrar las piernas.*

5

*La mama dió la teta á Tomasito
Porque entonces también se acostumbraba
Que quien paría un hijo la aguantaba
Teniéndose el no hacerlo por delito.*

*Manifestó Tomás buen apetito,
En lo cual la señora se gozaba.
Mas viendo que la leche se agotaba
Acabó por morderla aquel maldito.*

*Y mientras ella lágrimas vertía
Por esa dolorosa travesura
El niño á carcajadas se reía.*

*Lo cual habiendo visto el señor cura
Quién eres? enfadado preguntole
Yo soi un monstruo, el niño respondióle*

6

*Mi querido lector, esto es histórico;
No vas á figurarte que lo invento:
De boca del mismo héroe tengo el cuento.
Es un gran charlatán y tan fosfórico*

*Que hasta dice verdad cuando el colórico
Siente subir del zumo succulento
De la uva á iluminar su entendimiento
Y a darle cierto tono de retórico.*

*No aseguro si él hizo lo que cuenta
O si por vanidad solo lo inventa.
Mas lo hizo ó lo inventó: si lo primero*

*D[o]n Tomás es un monstruo verdadero.
O lo hizo ó lo inventó: si lo segundo
No hai un monstruo más monstruo en
todo el mundo.*

*Que Tomás es amigo de mordiscos
 Cuando se va acabando lo que mama.
 Mas lo prueba su patria que la dama
 A quien le hizo poner los ojos bizcos.*

*Tomás les saca jugo hasta los riscos
 Cuando en los secos riscos se encarama
 Y apunta siempre al tronco y no a la rama
 Que el no es hombre de andarse con pellizcos*

*Asi cuando se trata de milicia
 Es jeneral en jefe; en diplomacia
 Primer embajador; en obstetricia*

*El único partero; y en farmacia
 Boticario mayor-y papa en Roma
 Y amo en el Cauca y en Turquía Mahoma.*

*“El mundo pertenece á los valientes”
 Dijo Carujo con el sable al hombro;
 Y muchos lo creyeron: no me asombro
 De que asi lo creyeran esas jentes;*

*En esto hai opiniones diferentes,
 Pero la autoridad á quien yo nombro
 Piensa que a los valientes ni un escombro
 Les quedará del mundo entre los dientes.*

*Así es que se ha dejado de laureles
 Porque el tiempo de Marte ya ha pasado
 Y atendido á la imprenta y los papeles.*

*Y como tiene jenio acomodado
 Vira al imperio, y si con él no cuenta
 Con ser aunque sea alcalde se contenta.*

36 Sonetos

Granadinos! un heroe necrito
Para unas tres docenas de sonetos.
Bien pueden calcularse mis aprietos
No siendo ni poeta ni erudito.
A treinta y seis sonetos me limito
Cito es à seis docenas de cuartetos
Si los uno otras tantas de tercetos
Quince y cuatro versos habré escrito
Tendrá muy poco mérito el poema
Porque le voi diciendo de ligero
Cual será el estilo como el tema
Pues ya no se habla un heroe coballero.
Ya que hoy es heroe un animal cualquiera
Canto à Tomas Cipriano de Morquera.

2

Partirá en varias parts este canto.
El método seduce y satisface
Y da cierto aire clásico y entlace
En que yo encuentro un indecible encanto
Tratará la 1.^a del espanto
Que defunde el querrero con lo que hace
La 2.^a hablará del desentlace
~~La 3.^a hablará de su amor.~~ (lato no es tanto)
del comarante luego trataremos

Y del padre y del suegro y del marido,
Y sus otras ventajosas herencias
Sin dar sus honores al olvido
Porque en hombre tan grande y tan fuerte
Hasta el modo de vestir es importante.

3

En un pueblo en que ^{liluan} cantan la caracha
Y helados beben de color de grana,
Y se pisen también (por la mañana),
Fomas nació (en la calle de la Panca).
Aunque en esa ciudad hai mucha zamba,
Fue su madre una Blanca muy hermosa
De cuerpo hermoso y limpio, de alura alta;
Bien hablada (Fomas oyo caracha).
Fue su padre un señor mas que excelente:
Fue su par virtuoso del condema
Toda ella ^{en sus} ~~de~~ columbres muy severa;
Mas dijo para ^{probar} ~~comprobar~~ a aquella gente
A quienes ^{es} ~~de~~ oro verbes riqueza y ciencia
Les dio a ^{también al} ~~Fomas~~ ^{funeral} ~~sepulcros~~ ~~de~~ ~~Merjura~~

4

Bajo ricas domasos y entre olivos,
Vino a habitar Fomas otro planeta.
Y su virtuosa madre parió quieto

sin pedir curujos en sus afanes.

dejar en sus valgo y en sus afanes.

~~cuando los va a hacer~~

Paran en esos tiempos sus recetas,

Pues aunque hai a parir madre le meta

sin tener a su lado un par de pueros,

que arrearos de tiempos y a su proceso

den se el hecho y entondore, en la pieza
~~podan hacerle al tiempo la cabeza~~

Al concluir la preny (dará buen masco

que inuenten el mundo mundo, en piega)

~~Las horas sin luz~~

~~Antes no habra luz, ni lanternas~~

~~Y las horas que mostran las piegas
de las horas se mostrarán los pueros.~~

En un siglo sin luz ni lanternas

mostran los horas sin mostrar los pueros

5

La mamá ró' la leña a Fouosito

Porque entonces cuando le acostumbraba

que él quien paria un hijo le acostumbraba

~~que cuando él no le quería
seguir cuando fueran habidos en su delito~~

Manjeto Fouosito buen apetito

~~Y en esto la madre le quiza~~

~~mas cuando fue la leche~~

de ahí por mordella aquel molerto

Y mientras ella lágrimas vertía

Por esa dolorosa tronadura

El niño a carapudo le decía

Lo cual habiendo visto el tenor en que
Quem eres? enfadado preguntaba
Yo soy un monstruo, el mismo respondióle.

6

Mi querido lector, esto es histórico;
No vas a figurarte que lo invento:
De hora del mismo heroe tiempo el cuento
~~Quem habla los herodes y forjicos~~
^{es un proo charlatan y for-}
^{que herodes}
y ~~de la~~ herodes cuando el colérico
bunde saber del mismo herodes
De la una a' ~~herodes~~ su entendimiento
Y a darle cierto ~~herodes~~ de herodes
No aseguro si el tiempo lo que cuenta
o si por herodes solo lo inventa
Mas lo tiempo o' lo invento: si lo primero
D^o Tomas es un monstruo herodes
o lo tiempo o' lo invento: si lo herodes
No hai un monstruo mas monstruo en
todo el mundo.

7

Que Tomas es amigo de herodes
cuando se ha acordado lo que herodes
Mas lo prueba la patria que la dama
A quien se tiempo poner los ojos herodes

Toman los lava pego hasta a los reyes
 cuando en los leos reyes se encarama
 Y apunta siempre al bronco y no a la toua
 Que el no es hombre a andarse con pellises
 Asi cuando se trata de milicia
 Es general en jefe; en diplomacia
 Primer subopido; en obediencia
 El unico pastero; y en farmacia
 Bolivaris mayor - y papa en Roma
 Y amo en el banco y en Turquia Mahoma
 8.

"El mundo pertenece a los volentes"
 Sepa Carlos con eloble al hombro;
 Y ~~muchos~~ ^{lo creyeron} ~~pero~~ ~~no~~ ~~nie~~ ~~estorbo~~
 de que asi lo creyeron esas fies;
 En esto hai opinionis opuestas,
 Pero la autoridad a quien yo nombre
 Piensa que a los volentes ni un acrobata
 Lo podra del mundo entre los reyes.
 Asi es que se ha despo de laureles,
 Porque el tiempo o muerte ya ha posado.
 Y se viene a la imprenta y los populos,
 Y como tiene feris acomodados
 Va al imperio, y si con el no cuenta
 Con los siempre sea al calde de contenta.

